

CUENTO PARA NIÑOS FUTUROS

Un filósofo tenía tres discípulos. Cuando se puso viejo, repartió entre ellos todos sus libros. Pero tenía un anillo de mucho valor: un anillo en que podía hacer un nudo, porque había pertenecido a Herr Zöllner.

—“Hijos míos (les dijo): como no quiero manifestar preferencias, voy a hacer una especie de concurso entre ustedes. Los tres escribiréis sobre temas que voy a fijar; el que más me satisfaga, tendrá el anillo. Y así conseguiré, también, hacer grato el fin de mi vida. De modo que daremos una licencia a las abstracciones y a las clasificaciones con números y letras: “Gaya Ciencia”..., pero de la que permite morir en nuestras casas. Pueden empezar escribiendo sobre el origen del mundo... o sobre el origen de los males y de los absurdos: el que prefieran de los dos temas...”

—“Será fácil hacer algo que sirva para los dos”.

*

* *

En el día convenido, los tres discípulos leyeron al maestro sus trabajos respectivos.

El del primero era una parodia de argumentación teológica. El mundo ha sido creado por Dios. En efecto: Dios si existiera, sería perfecto; luego debería tener todas las perfecciones en grado infinito. La modestia es una perfección; luego Dios debe ser infinitamente modesto. Luego Dios, por esa modestia suprema, debió procurar disimular su existencia... Luego, si hay Dios, debe parecer que no hay Dios. Pero es así que parece que no hay Dios; que realmente, todo está arreglado como para hacer creer que no lo hubiera (mal; absurdo...); luego hay Dios, y él creó el mundo.

Narró el segundo discípulo, que, en un principio, Dios había creado por una parte los bienes destinados a los hombres futuros, por otra los deseos de los hombres, y había preestablecido su perfecta coincidencia en toda la sucesión del tiempo. Cuando el Diablo pretendió intervenir, permitióselo Dios, pero poniéndole la condición (con la cual creía reducirlo a la impotencia) de que no podría, ni suprimir ningún bien, ni agregar ningún deseo. Pero lo que hizo el Diablo fue correr imperceptiblemente en el tiempo la serie de los bienes, de manera que atrasan: todos vienen; pero no coinciden con los deseos según el plan.

La explicación del tercer discípulo era ésta: Dios hizo el espacio y el Diablo hizo el tiempo. Dios creó el Universo, con los seres felices y sanos; los astros brillando... Entonces el Diablo hizo el tiempo, y los seres empezaron a envejecer, los astros a apagarse, y vinieron la desarmonía, el dolor y la muerte.

El Maestro dijo:

"Hijos míos: el principio no es malo; pero contento, completamente contento, no lo estoy. La parodia teológica de mi primer discípulo, no carece de ingenio, y la anécdota del segundo puede valer tanto como la de Heine sobre el mismo asunto: aquella del préstamo hecho a Dios por el Diablo, en Reissehelder; pero es bien inferior, por ejemplo, al cuento de Becker. En resumen: las dos un poco superficiales y un poco infantiles. En cuanto a tí, dijiste algo más serio e inquietante; pero hay algo que me impediría premiarte:

Has sido injusto con el tiempo. Repara que el tiempo es el que podría darnos un recurso, el único, para creer en la inmortalidad del alma; es decir —me expresé mal—: para evitar la creencia en la mortalidad del alma. Ya les he explicado muchas veces que éste es el único problema en que, lógicamente, nos es absolutamente imposible creer en la solución consoladora. En tanto que se pueden hacer en favor de la existencia de Dios, por ejemplo, argumentos que no son absurdos, argumentos que se pueden creer en rigor, no se puede hacer uno solo en favor de la inmortalidad del alma. Si los hombres ilustrados pudiéramos formular, contra la idea de nuestra desaparición, un argumento que valiera la mitad de lo que vale el más despreciable de los que se hacen para cualquiera de esas otras creencias, todos tendríamos esperanza y consuelo. Pues bien: supongan, sencillamente esto: *que el tiempo estuviera en distintos momentos para las distintas personas.*